

LOS ELEFANTES DE GUERRA EN LOS EJÉRCITOS DE LA ANTIÜEDAD

Arturo Sánchez Sanz

Licenciado en Historia (UAH); Máster Universitario de Historia y Ciencias de la Antigüedad (UAM y UCM)

asblade@msn.com

Resumen. El uso de elefantes con fines bélicos constituyó, durante siglos, una de las armas militares más importantes de los ejércitos de la Antigüedad. Si bien estos podían llegar a reportar tantas ventajas como inconvenientes y por ello fueron, ya desde entonces, denominados por los autores clásicos como “el enemigo común”.

Abstract. The use of elephants for military purposes was, for centuries, one of the most important military arms of the armies in the Antiquity. Although, these could get to suppose so many advantages as drawbacks and, for this reason, they were since then denominated by the classic authors as “the common enemy”.

Palabras clave: Elefante de guerra, Pirro, Aníbal, mahout, torre, Alejandro.

Key words: War elephant, Pyrrhus, Hannibal, mahout, tower, Alexander.

Introducción

A lo largo de la Historia Antigua, los elefantes han sido el animal más importante que la humanidad ha empleado en las guerras como combatiente, ya que los caballos eran utilizados, principalmente, como medio de transporte de grupos de tropas especializadas. Su utilización, a lo largo de la Antigüedad, en numerosos conflictos entre diversos pueblos del Mediterráneo, influyó no pocas veces en el resultado de la batalla, tanto para bien como para mal, en cuanto a quienes optaron por servirse de ellos.

Pero no solo se emplearon en esta zona, ya que fueron extremadamente importantes, y de uso generalizado, también en la India, Oriente Próximo o Asia Oriental, y se mantuvo a lo largo de siglos como un elemento típico de los ejércitos desde la Antigüedad, al poder actuar como combatientes durante la batalla y como animales de tiro durante los desplazamientos.

Así, su valor militar fue muy importante, tanto por su eficacia (aunque relativa) como por su escasez. Ello los convertía en un elemento bélico poderoso que no estaba al alcance de cualquier ejército, y que, en los momentos en los que se enfrentó a soldados que desconocían a dichos animales, su mera presencia infundía terror entre las filas enemigas. Por tanto, se convirtieron en un

factor psicológico determinante en muchas ocasiones, para socavar la moral y el valor de los ejércitos enemigos¹. Una muestra de ello, incluso ya en el s. IV a.C., nos la proporcionan San Ambrosio² y Amiano Marcelino³, quienes explican que ni soldados ni caballeros podían oponerse a su colosal fuerza en la batalla, por lo que muchos no se atrevían ni tan siquiera a acercarse.

Antecedentes

Los elefantes son animales originarios de zonas templadas y suaves del sur y sureste de Asia, Asia Occidental y África (hoy en día se encuentran en Paquistán, Myanmar, Tailandia, Vietnam y las islas de Sri Lanka y Sumatra), donde desde épocas remotas como el Neolítico eran conocidos (DE BEER, 1969: p. 100)⁴. El intento de domesticarlos también fue muy temprano, se sabe que la cul-

1 Plutarco (*Alejandro*, 62.2) indica que, una de las razones que esgrimieron los soldados de Alejandro para no continuar su marcha atravesando el Hidaspes en el 326 a.C. era la creencia de que, al otro lado, les esperaba un contingente de elefantes aun más terrible que el del rey Poros.

2 *Hexamerón*, 6.5.33.

3 XIX.2.3 y VII.6

4 Gabin de Beer alude a que en la localidad de Alaya, en el desierto bíblico, se han encontrado representaciones de elefantes grabadas en piedra y con fechas anteriores al 4.000 a.C.

tura de Mohenjo Daro ya lo había logrado entre el III y II Milenio a.C. Igualmente se tienen noticias, por una inscripción atribuida a Amenemhelt, que éste acompañó a Tutmosis III cuando estuvo en Siria (c. 1470 a.C.) y añade que le vio escapar de un elefante. Aunque poco después de estos hechos, parece que éste organizó una gran cacería en la tierra de Niy (SCULLARD, 1974: p. 28)⁵ (al norte de Siria), donde se dice que mataron más de ciento veinte elefantes para obtener su marfil (BISHOP, 1921: pp. 290-306)⁶.

Por su parte, del rey asirio Tiglath-Pileser I (ca. 1100 a.C.) se han encontrado textos donde se dice que mató a diez elefantes y capturó a cuatro con vida en la región de Harán, en la zona media del Éufrates (no lejos de donde Tutmosis III hizo su cacería). También conocemos que, a principios del s. IX a.C., Assurnasirpal II, y previamente Salmanasar II en el s. XI a.C., recibieron un tributo de elefantes y marfil procedentes de Yakin y Adini⁷ (Siria). Ello prueba su existencia en esa zona, y que ya se había conseguido domesticarlos, criándolos en Kalhu, como relata el obelisco de Nimrod (fechado en el tercer ¼ del s. IX a.C., durante el reinado de Salmanasar III). El hecho de que su existencia en Próximo Oriente fuera común en aquella época, ha llevado a muchos estudiosos a hablar de una especie autóctona, como sería el “elefante sirio”. Pero no existen pruebas de que se diferenciara en nada del elefante indio, siendo muy posible su hábitat se extendía hasta dicha zona en aquella época.

En cualquier caso, en Siria y Mesopotamia ya habían desaparecido en el s. VIII a.C. como resultado del cambio climático o de la necesidad de marfil por parte de los humanos. Así, ya en

5 Según se desprende de la inscripción atribuida a un oficial que lo acompañó, llamado Amenemhab, e incluso se cree que Tutmosis III, interesado por la historia natural de las tierras bajo su mando, ordenó crear en Tebas una colección con ejemplares de los animales y plantas más interesantes. Prueba de ello es la tumba de Rekhmire, visir durante los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II, y administrador del templo de Amón en Karnak, aparece representado un elefante indio sujeto por una correa.

6 Según Bishop, los elefantes de Asia occidental eran de la especie asiático-india, ya que en las representaciones de la zona, aparecen con las orejas pequeñas y la forma del lomo característica.

7 Bit Adini fue un estado arameo situado en el valle del río Éufrates en la zona de la actual ciudad de Alepo, en Siria. Bit Yakin era también un estado arameo situado al sur de Babilonia, junto a la costa del Golfo Pérsico.

el s. IV a.C., Alejandro Magno no encontró elefantes salvajes en toda Asia occidental. En Egipto desaparecieron ya en el III-II Milenio, aunque permanecieron más tiempo en otras regiones del norte de África, como Cartago. Allí existieron hasta la caída de la ciudad, en el año 146 a.C., en que la región pasó a convertirse en provincia romana, y éstos comenzaron su caza para obtener marfil o emplearlos vivos en sus espectáculos. De este modo desaparecieron del norte de África hacia finales del s. II a.C.

A caballo entre las alusiones de Heródoto y de Hannon, sabemos de su utilización bélica en el Imperio Persa y la India a través del escritor y médico griego del s. V a.C. Ctesias de Cnido. Si bien es cierto que sus obras, llamadas *Pérsica* e *Índica* (ambas perdidas y solo conocidas por fragmentos de Focio, y por ser fuente de Diodoro), deben siempre tratarse con suma cautela, al basarse en informaciones inventadas o exageradas. Hace referencia a los elefantes de guerra en dos pasajes. En el primero refiere a su utilización con éxito por Amoraus, rey de los Derbikes (escitas asentados al Este del Mar Caspio), contra Ciro II el Grande. Este se sirvió de elefantes indios para tender una emboscada al rey persa y consiguió derrotar a su caballería. El segundo trata sobre la mítica reina asiria Semiramis⁸, la cual, según Ctesias⁹, habría iniciado una campaña contra la India. Consciente de la enorme cantidad de elefantes de guerra con que contaba el rey indio Strabrobates, y de que ella no disponía de dicho arma, parece que construyó maniqués de elefantes con pieles de bueyes rellenas de paja, cuyo armazón transportaría un camello con su conductor tirando de él bajo la estructura. Finalmente, la estrategia no le sirvió de nada, ya que algunos desertores informaron al rey indio del truco, y tras ser derrotada tuvo que regresar a Bactria.

Características

Los elefantes de guerra eran entrenados de forma especial. Casi todos eran machos, al ser de mayor tamaño y agresividad que las hembras, y además contaban con sus grandes colmillos para utilizarlos como armas de combate (también de mayor tamaño que los de las hembras, aunque

8 Hay quienes la asocian a la histórica reina asiria Samuramat (finales del s. IX a.C.), esposa de Shamshi-Adad V y regente de su hijo Adad Narari III.

9 Recogido en Diodoro, XI.16.

a veces las utilizaban para el transporte, pero siempre eran de menor tamaño que los machos).

El elefante es el animal terrestre más grande del planeta, y de él existen dos especies: el africano, y el asiático-indio. Las más importantes diferencias aluden a que el elefante africano tiene las orejas de mayor tamaño y el lomo cóncavo, además de grandes colmillos; mientras que el elefante asiático-indio tiene orejas y colmillos más pequeños, y el lomo convexo¹⁰. Muchos autores clásicos defendían que los elefantes indios eran de mayor tamaño que los africanos, y que, por ello, los africanos se negaban a luchar contra aquellos. Se cuenta que los elefantes africanos de Ptolomeo IV, en la Batalla de Rafia (221-205 a.C.), se negaron a pelear contra sus homólogos indios de Antíoco, por lo que en los ejércitos antiguos parece que se prefería a los elefantes indo-asiáticos. Hoy día la comparación entre ambas especies ofrece un mayor tamaño a los elefantes africanos, con entre 3-4 m de altura y un peso de 4-7 toneladas, frente a los entre 2-3,5 m de altura de los elefantes indo-asiáticos y un peso de entre 2-5 toneladas. Quizá, los comentarios de los autores clásicos se deban a que existen dos subespecies de los elefantes africanos: el elefante de la sabana, que es el de mayor tamaño de la tierra, y el elefante del bosque, mucho más pequeño (GOWERS, 1948: pp. 173-180.)¹¹ (entre 2-2,5 m de altura y 2-4,5 toneladas de peso), y de menor tamaño que el indo-asiático. Se cree que quizá fue el empleado por los ejércitos norteafricanos de Cartago o Egipto (como defienden Lazemby (1978) y Casson (1993: pp. 247-260)).

Gracias a su gran corpulencia, los elefantes podían transportar sobre su lomo hasta 500 kg de peso en distancias cortas, y en la batalla eran capaces de levantar a un caballo junto con su jinete, para después aplastarlos en el suelo. Pero su gran fuerza es solo igualada por su apetito (según el emperador Mogol Babur, un elefante podía comer al día lo mismo que 15 camellos (NOSOV, 2008: p 6.)). Sobre ello, Aristóteles¹² indi-

10 Sobre las de diferencias entre ambas especies, véase De Beer (1969: p. 105).

11 Según Gowers, el elefante del bosque solo se diferenciaría del de la sabana por su tamaño y por la forma de las orejas.

12 *Historia Animalium*, VIII.9. Autores clásicos como Plinio y, basándose en ellos, también otros más actuales como Werner Jaeger, defienden que esta alusión de Aristóteles a los elefantes no pudo ser posible sin la ayuda de Alejandro, defendiendo así la veracidad del

caba que comían entre 6-7 medimnos macedonios al día¹³, por lo que su manutención, y más si se trataba de cientos de ellos, era muy difícil, requiriendo de gran organización y recursos. Su enorme volumen los impide trotar o galopar, y solo pueden alcanzar un máximo de velocidad de 16 km/h. Pero compensan esas carencias con su movilidad, ya que pueden atravesar terrenos difíciles, pendientes pronunciadas o superar muros de contención, por lo que en ese sentido también eran valiosos para el combate¹⁴ (GLOVER: 1948, pp. 1-11).

Los elefantes llegan a vivir hasta entre 70-80 años, aunque el cautiverio puede acortar sus vidas. Se consideraba más fácil capturarlos a la edad adecuada que criarlos, debido a que solo tienen una cría, con un periodo de gestación de entre 18-24 meses, y se alimentan de sus madres seis años. Solo eran considerados útiles para el combate tras alcanzar una edad mínima de 20 años, aunque la edad óptima serían 40 años, ya que los elefantes adultos eran más experimentados y difíciles de poner en fuga durante el combate. Por lo que se tardaría más de 20 años en criar un elefante de guerra, en los que habría que alimentar tanto a la madre como a su cría, y no saldría rentable para sus dueños. Además de que los animales capturados en su hábitat solían ser más agresivos y útiles en la guerra.

Caza y captura

Parece que Alejandro, tras enfrentarse a ellos en el campo de batalla, fue el primer monarca del ámbito de la Hélade que optó por su inclusión en el ejército. Los vio por primera vez en Gaugamela, donde Darío formó 15 de ellos, aunque no llegaron a intervenir (DÁRMS: 1976, pp. 93-95). Según avanzaba su campaña, Alejandro pudo contar con cada vez más de ellos, entre los capturados a los ejércitos enemigos y los recibidos como regalos por los soberanos de las tierras que se le sometieron sin lucha. Aunque es probable, mecenazgo científico que se le ha atribuido. Sobre ello véase: Romm (1989: pp. 566-575), donde se desmonta este mito.

13 El medimno era una unidad de volumen, por lo que su conversión a peso es variable, 1 medimno podía equivaler a entre 31-40 kg de trigo.

14 Glover indica que también podían usarse para derribar pequeños muros o puertas, pero matiza que no solían ser empleados en este sentido ya que el tiempo que tardaban en hacerlo les dejaba muy expuestos a los ataques de los defensores ubicados sobre las murallas.

como indica Scullard (DÁRMS: 1976, pp. 64-74), que el rápido avance de éste hacia la India, hiciera que no contara con tiempo suficiente para practicar su utilización con éxito (habida cuenta de los peligros que podían suponer), así como su integración con la infantería y caballería macedonia. De modo que no los habría empleado en su campaña contra el rey Poros, ni probablemente en ninguna otra, más que con fines distintos pero igualmente útiles, ya que el hecho de que acompañaran al ejército servía para infundir temor entre sus enemigos, muchos de los cuales se rendían sin luchar. También los utilizó para el transporte e incluso en ocasiones de forma ceremonial, como sucedió a su regreso en Babilonia. A la muerte de Alejandro, los Diádocos, conscientes del poder militar que representaban, y a sabiendas de que debían reforzar esa faceta en sus propios reinos para mantener su control, no tardaron en intentar conseguir ejemplares de elefante para unir a sus ejércitos.

Normalmente, los elefantes de guerra utilizados en Oriente Próximo o el Mediterráneo Oriental provenían de la India y, por tanto, monarcas como Seleuco I Nicator no tuvieron demasiados problemas para proveerse de ellos, gracias a la cercanía de su reino con la India. No ocurrió lo mismo con Ptolomeo I Sóter que, en un primer momento, solo pudo disponer de un pequeño contingente que adquirió como botín de guerra tras vencer a Pérdicas en el 321 a.C. y a Demetrio I en el 312 a.C. (las rutas comerciales con la India atravesaban el territorio seleúcida y no era posible transportarlos por mar). Pero no eran suficientes¹⁵ para enfrentarse a los cientos de que disponía Seleuco, y optó por abastecerse de las especies existentes en el propio continente africano (en aquella época se podían encontrar ambas subespecies en todo el continente, incluso en las zonas cercanas al Mar Rojo y al Golfo de Adén). Tiempo después, su sucesor Ptolomeo II Filadelfo estableció varios enclaves al sur, junto a la costa del Mar Rojo, para utilizarlos como base de operaciones en la búsqueda, captura y envío de elefantes (Filótera, Theron Ptolemaica o Berenice Troglodítica). Eran capturados en la meseta de Eritrea, y en las tierras bajas entre el acantilado y

el mar, siendo posiblemente ésta la procedencia de los elefantes que más tarde utilizaría Ptolomeo IV en Rafia, contra Antíoco II (GOWERS, 1948: pp. 173-180).

En este sentido, diversos autores clásicos ya indicaban varios lugares de África donde se podían encontrar elefantes del bosque, que se unen a las zonas de captura utilizadas por los Ptolomeos. Heródoto¹⁶ menciona que, en su época, podían encontrarse en la zona meridional de la actual Túnez (cerca del oasis de Gadames (DE BEER, 1969: p. 102.)). En el s. IV a.C. Aristóteles los situaba en la zona de los bosques a los pies del Atlas, en el actual Marruecos, y en el Rif, lo mismo que más tarde anotaría Plinio el Viejo. También se aprecia en el Periplo de Hannón (s. VI-V a.C.), que se encontrarían en las regiones costeras de lo que hoy es Marruecos. Ciertamente, ello muestra con claridad hasta dónde alcanzaba el conocimiento del continente africano en el Mundo Antiguo, ya que nada se dice de su existencia más allá del desierto de Sahara. En esta zona la especie se perpetuó durante más tiempo que en el norte, donde su caza indiscriminada¹⁷ (LANCEL, 1997: p. 85), para abastecer los ejércitos y los espectáculos del Imperio Romano, acabaría rápidamente con ellos.

En cuanto a los sistemas de captura, en Asia existían principalmente dos. En uno se elegía un lugar llano, y se rodeaba de una profunda zanja de 10 m de ancho y 7 m de profundidad con terraplenes, de forma que el acceso a la zona se hacía mediante un endeble puente camuflado con tierra y hierba. En el interior se colocaban dos o tres hembras, cuyo olor atraía a los machos que, una vez dentro del recinto, eran capturados al levantarse el puente tras su paso. Si eran demasiado jóvenes, viejos o enfermos se les dejaba marchar, pero de lo contrario se les privaba de agua y comida para debilitarlos, y se les obligaba a luchar con elefantes domesticados introducidos en el recinto; tras ser derrotados se les ataba las patas y se les transportaba. Otro sistema consistía en que un conductor llevaba un elefante hembra, domesticado, cerca de una manada de elefantes para que los machos la olieran (su olfato y su oído son mucho mejores que su vista, por lo que olían

16 IV.191.

17 Lancel señala que ésta sería su principal causa de desaparición, por encima de lo que a ello pudo aportar el posible cambio climático en cuanto a la modificación de su hábitat en esas zonas.

15 Para profundizar en las actividades que los Ptolomeos llevaron a cabo para proveerse de un nutrido cuerpo de elefantes de guerra, véase: Casson (1993: pp. 247-260).

a la hembra pero no veían a su conductor desde la distancia). Éstos la seguían hasta algún lugar en el que se colocaba una trampa para lazar su cuello o una pierna, y así capturarlos. Pero este sistema era muy peligroso, ya que se requerían más de 100 hombres para sostener la cuerda frente a la fuerza de un elefante. Desconocemos si fueron estos métodos los utilizados en el norte de África u otros diferentes, ya que según Plinio, los elefantes eran conducidos a profundos hoyos camuflados en la tierra.

Apenas contamos con datos acerca de los integrantes de las partidas enviadas a la captura de los elefantes; es de suponer que se trataba de hombres experimentados, muchos de los cuales serían autóctonos de las zonas en que se encontraban los elefantes. Debido a la importancia bélica y a la dificultad de su captura, transporte, etc., debían estar bien pagados. Sobre ello, contamos con un papiro de la época de Ptolomeo II (223 a.C.) que menciona la existencia de rangos dentro de estos cuerpos especializados. Uno de ellos (de carácter intermedio) sería el llamado *grammateus Kynegoi* o intendente de los cazadores. El papiro fue enviado al nomo de Edfu, con orden de que se le entregara a éste el salario para el pago de 231 cazadores, que debían desempeñar su trabajo en Eritrea. El importe ascendía a 1.860 dracmas por tres meses (4 óbolos de plata por persona y día), lo cual era un salario excelente que equivalía al de un escriba de alto rango. En cualquier caso, el pago de los salarios solo supondría una pequeña parte de la enorme cantidad de dinero que se invertía en estas empresas.

Entrenamiento y domesticación

A diferencia de los elefantes indo-asiáticos y africanos del bosque, los elefantes de la sabana son indomesticables, y por ello no se utilizaron para la guerra. Pero, a los demás, normalmente, se les ataba a un poste junto a elefantes domesticados, para que poco a poco perdieran su agresividad siguiendo su ejemplo. En caso de persistir, se les debilitaba haciéndolos pasar hambre, hasta que permitían que un hombre subiera a su lomo. Tras ello se iniciaba el adiestramiento, comenzando por determinar si servía más para animal de tiro o para el combate. La formación de este último era más amplia, y necesitaba no solo ser obediente, sino poseer un carácter combativo y demostrar determinadas destrezas como: sortear peque-

ños muros o pozos, realizar giros rápidos, pisotear a un posible enemigo (quizá mediante maniobras de los cuales se tiene constancia en tratados medievales), aprender a integrarse en las formaciones de batalla, soportar el dolor y no asustarse ante fuertes sonidos que podían producirse durante la batalla. Para ello se le atacaba con espadas y lanzas, sin causarles heridas graves, en medio de un gran estruendo de tambores, gritos, etc. buscando que se acostumbraran a soportarlo.

El conductor del elefante, o mahout, era un personaje de gran importancia, por su habilidad para controlarlos y manejarlos en la batalla, del cual muchas veces dependía la victoria. Se colocaban sobre la cabeza del elefante, y lo guiaban mediante órdenes de viva voz, con un largo palo provisto de un gancho o presionando con sus manos las orejas del elefante.

En su mayoría, los ejércitos griegos, egipcios, etc. que emplearon elefantes de guerra, preferían conductores de origen indio. Ello originó que, con el tiempo, se llamara “indio” a cualquier conductor¹⁸, independientemente de su lugar de origen. Se encargaban de cuidarlos y alimentarlos, y éstos les cogían aprecio por ello (si nacían en cautividad probablemente los conocían desde entonces, para facilitar su afecto y obediencia). Así, se establecía un fuerte vínculo entre el elefante y su conductor, hasta el punto de que, a veces, si éstos eran heridos o muertos durante la batalla, los sacaban de ella o los defendían a muerte despreciando el peligro. Incluso tras ésta, algunos dejaban de comer al no ser alimentados por aquéllos, hasta su muerte. A pesar de esto, los elefantes siempre fueron animales impredecibles que, a pesar de ese vínculo, podían atacar a sus conductores en cualquier momento y sin razón aparente.

Armamento y equipamiento

Aun hoy se discute si los elefantes de guerra usados por romanos y cartagineses utilizaban torres de defensa, en base a la menor capacidad de carga de los elefantes del bosque que éstos utilizaban, mientras que en el caso de los indo-asiáticos parece que no existe duda. La mayoría de los estudiosos lo descartan, y en este sentido, autores como Gowers, opinan que los elefantes del bosque no tenían capacidad para llevar torres, ya que ello mermaría demasiado su velocidad.

¹⁸ Polibio (III.46.7) se refiere a ellos de esta manera, aunque no tenían por que ser de la India.

ad y maniobrabilidad. Según Gowers (1948: pp. 173-180), y parece lógico que sea así, cartagineses y romanos serían conscientes de ello, en base a que en las monedas donde éstos representaron elefantes, indica que nunca aparecen con torres sobre su lomo. Pero de la batalla de Zama se conserva una representación, en una placa, donde aparecen con torres en su lomo, arneses, etc., por lo que parece que las fuentes escritas y epigráficas indicarían que sí pudieron estar equipados de ese modo. A ello habría que añadir que los cartagineses conocieron este arma de guerra a través de Pirro, quien parece que las utilizaba en los suyos. Igualmente, el poeta Juvenal muestra en sus escritos "...conduciendo sobre su espalda torres..." y el autor clásico Lucrecio nos dice "...al elefante monstruoso, que lleva torres..."¹⁹.

Sobre el resto del equipamiento apenas existen datos: el dramaturgo romano Plauto los describe utilizando un paño rojo²⁰, y según Arriano, en la batalla de Zama los elefantes de Aníbal estaban equipados para causar terror en sus enemigos²¹, por lo que pudieron ser cubiertos con telas del color de la sangre o colocarles armaduras y cascos vistosos. De usarse torres, probablemente tenían alguna portezuela en la parte trasera (SCULLARD, 1974: p. 244) para que los arqueros y lanzadores de jabalina pudieran colocarse en ellas, a las cuales accederían mediante escaleras de madera, cuerdas o escaleras de cuerda. Dichas torres estarían sujetas al elefante mediante gruesas cuerdas o cadenas, y se cree que existirían distintos tipos de torres en función de que el enemigo fuera un ejército (menos robustas buscando ligereza para mejorar la maniobrabilidad) o se tratara del asedio a una ciudad (más gruesas para recibir los impactos desde las murallas y altas para permitir, si era posible, que sus ocupantes alcanzaran la parte alta de las murallas).

De este modo, los autores clásicos solo ofrecen información fragmentaria y vaga en este sentido; Plutarco²² indica que iban cubiertos por arneses púrpura y llevaban torres sobre sus lomos. Polibio²³, que llevaban torres (llamadas *bowdah*

por los indios) con guerreros portando largas lanzas (sarisas), y Tito Livio²⁴ que llevaban armaduras con plumas en la cabeza y torres con cuatro hombres, más el conductor. En el caso de las torres, según la envergadura del elefante, lo normal era que transportaran al conductor y dos soldados en una torre, armados con arcos, lanzas y jabalinas. Se realizarían en madera, ya que el metal sería demasiado pesado, y su finalidad sería la de proteger a sus ocupantes de las flechas y jabalinas enemigas. Su forma sería cuadrangular o rectangular, y quizá irían revestidas con pieles en crudo para evitar que ardieran por las flechas incendiarias.

Transporte

Como integrantes del ejército, los elefantes debían desplazarse con éste allí donde era necesario. Si bien el transporte terrestre no solía causar más problemas que los que suponía el resto del ejército (aunque es presumible que debieron retrasar su marcha²⁵ (GLOVER, 1950: pp. 1-11)), la posible necesidad de tener que salvar cursos de agua o mares, multiplicaba la dificultad de esta tarea, y de ello nos dan buena cuenta diversos autores clásicos. Me centraré en explicar estos últimos aspectos de su transporte, empleando diversos ejemplos de cómo los distintos generales y ejércitos de la antigüedad los solucionaron.

En el caso del transporte marítimo, a pesar de que las embarcaciones típicas, que en la antigüedad se usaron para formar flotas de guerra, fueron las penteras y las trirremes, no parece que se emplearan para el transporte de elefantes, tanto en las empresas que llevaron a cabo varios de los monarcas ptolemaicos para trasladarlos por el Mar Rojo hacia el norte, como el propio Pirro para llevarlos desde Epiro a la Magna Grecia, Amílcar Barca para transportarlos a la Península Ibérica o su hijo Aníbal más tarde. Ello se debe a que estas naves solían tener entre 35-40 metros de eslora y 6 metros de anchura, no llegando la parte sumergida a los 2 metros de profundidad,

24 XXXVII.40.4.

25 Glover indica que la heterogénea composición de los ejércitos (infantería, caballería y elefantes) hacía que las marchas fueran lentas y dificultosas, ya que se debía mantener la velocidad del grupo más lento, para mantener la cohesión en caso de sufrir un ataque, y por otro lado, la corpulencia de los elefantes muchas veces complicaba los desplazamientos cuando los caminos o senderos pasaban por zonas estrechas.

19 *Sátiras*, XII.194-195 y *De la naturaleza de las cosas*, V.1778, respectivamente.

20 *Pseudolo*, IV.7.1215-1220.

21 *Tact.* 2.4, también reflejado por Gowers (1947: pp. 42-49). Por su parte Silio Itálico (IX.581) alude a que se ataban lanzas a los colmillos.

22 *Eúmenes*, 14.

23 *Historias*, V.84.

por lo que no estaban diseñados para el transporte de animales y menos de la envergadura de los elefantes. Es más probable que, para esta tarea, se acondicionaran barcos comerciales, ya que dispondrían de una mayor capacidad de carga al estar diseñados para ello²⁶ (tenían una eslora menor de entre 20-30 metros, pero una manga mayor, que solía ser la cuarta parte de la eslora, una capacidad de entre 350-450 toneladas y una obra viva de 1,5 metros).

En cuanto a las rutas, dada la dificultad del transporte de este tipo de animales y de las condiciones cambiantes del clima y la mar, es lógico pensar que las flotas de transporte buscarían siempre las rutas más cortas para tales operaciones. Intentando no perder de vista la costa, tanto para orientarse mejor como para poder tomar tierra rápidamente si las condiciones climáticas o el enemigo lo imponían, así como para tardar el menor tiempo posible en maniobras tan arriesgadas. En el caso de los elefantes, se trata de animales muy susceptibles de perder el control si sienten peligro o temor ante cualquier situación, y no suelen sentirse bien si no están pisando tierra firme (aunque son excelentes nadadores si la situación lo exige), ya que el balanceo de la navegación afecta a su equilibrio. Como bien indica Ruiz Bravo, es muy posible que el principio de Arquímedes fuera ya conocido por los navegantes del Mediterráneo y, en base a ello, era necesario que el centro de gravedad de las naves estuviera por debajo de su centro de desplazamiento, ya que de lo contrario naufragarían, y ello era imposible si los elefantes viajaban de pie, por lo que debían hacerlo tumbados en el fondo de la bodega.

La empresa planteaba dificultades para el embarque y el desembarque, así como la necesidad de que estuvieran tranquilos durante el viaje. Para resolver el primer problema, es lógico pensar que pudo vendárseles los ojos para no ver el agua, fomentando su decisión a embarcar colocando a las hembras delante de la marcha (Ruiz Bravo añade que las pasarelas a las naves serían cubiertas de arena y hojarasca para que los animales no notaran nada extraño bajo sus pies, además de que, probablemente, viajarían en parejas –macho/hembra– porque a los animales superiores les afecta el transporte en soledad y porque no sería posible transportar un número mayor de

ellos por embarcación) ya que su instinto gregario les obliga a comportarse de esta manera. Incluso pudo administrárseles algún tipo de sustancia sedante, pues en esta época se conocerían ya las propiedades sedantes de la adormidera gracias a las obras botánicas de Teofrasto (372-288 a.C.) *De historia plantarum* y *De causis plantarum*.

Una vez en la bodega, debía administrárseles una dosis mayor de sedante, para mantenerlos tranquilos y evitar el mareo por el oleaje. Eran colocados tumbados de costado, para facilitar la maniobrabilidad y seguridad de las naves, sujetándolos con bandas anchas mejor que con cuerdas para evitar heridas y presión sobre un determinado punto. Pero ello representaba un nuevo problema, ya que los elefantes no pueden permanecer tumbados más de dos horas, pues su peso, en esa posición, dificulta mucho su función cardiorespiratoria. Para solucionarlo, es posible que se aprovechara la propia redondez del casco para recostar a los elefantes, apoyándolos en esas zonas. Así se repartía mejor su peso y se descargaba presión de los pulmones (probablemente sobre el costado derecho para aliviar también el corazón).

En cuanto al paso de los ríos, la marcha de Aníbal hacia la Península Itálica ofrece ejemplos claros y documentados de la dificultad, no menor, que ello representaba para los ejércitos, sobre todo si en el momento de cruzarlos el cauce estaba crecido por la velocidad del curso de agua. En el caso de Aníbal, es ya tradicional el relato del paso de sus elefantes a través del Ródano²⁷ (218 a.C.), sobre el que existen diversos relatos de los autores clásicos.

Los más importantes coinciden en que transportó a los elefantes en balsas (Polibio o Tito Livio²⁸), pues tenía una anchura de entre 200-500 metros y fluía a unos 5 metros por segundo. Según Tito Livio, los cartagineses las construyeron de unos 8 metros de ancho, y unieron varias de ellas, para formar una especie de puente, que aseguraron a la orilla y sujetaron con cuerdas a árboles cercanos. De modo que crearon un espigón de unos 16 metros de largo, que cubrieron de arena, por donde los hicieron pasar en tandas (siguiendo a dos hembras) hasta las dos últimas balsas, que luego fueron soltadas del resto y arrastradas has-

26 De la misma opinión es Carlos Ruiz Bravo, y así lo indica en su artículo (2007: pp. 2-8).

27 Para saber más sobre este pasaje en concreto, véase: Cottrell (1992), pero sobre todo, la obra monográfica de De Beer (1956).

28 *Historias*, III.46 y *Historia de Roma*, XXI.28.5 y XXIX.1, respectivamente.

ta la otra orilla atadas a varias barcas. Muchos elefantes se asustaron al verse rodeados de agua y se lanzaron a la corriente, alcanzando algunos la orilla tras caminar por el lecho del río (aunque varios mahouts se ahogaron).

Por su parte, Polibio²⁹ muestra una versión muy similar, indicando que se usaron las balsas por la negativa de los animales a cruzar por el lecho del río, y que incluso algunos de los que se lanzaron al agua usaron sus trompas³⁰ para respirar a través de éstas, mientras caminaban por el lecho del río. Frontino³¹ nos ofrece una versión opuesta, pero defendida por autores como Shawn O'Bryhim (1991: pp. 121-125)³². Parece que, estando los elefantes reunidos cerca del río, uno de sus conductores irritó a un elefante particularmente agresivo al herirlo en una de sus orejas, el conductor corrió hacia el río perseguido por éste y el resto de la manada lo siguió a ciegas, consiguiendo cruzar el río tras el conductor y sin ayuda de las balsas (los elefantes son excelentes nadadores).

En cualquier caso, sea cual fuere el sistema empleado, el transporte de elefantes siempre representaba un problema adicional. Ello es debido a que no solo tenían que sortear dichas dificultades, sino que a éstas se unían las enfermedades, la necesidad de contar con grandes cantidades de alimentos y las condiciones climáticas, convirtiéndolo en un verdadero desafío.

Funciones

Éstas fueron principalmente cinco: asustar al enemigo o a sus monturas (sobre todo a aquellos que nunca los habían visto, consiguiendo la victoria por su huida sin luchar), destruir su for-

mación de combate (causando el desorden de las tropas, lo cual las hace muy vulnerables en el campo de batalla y puede proporcionar la victoria), causar cuantas bajas fuera posible (numerosos autores clásicos relatan el gran número que cayó en combate luchando contra los elefantes, así como contra los arqueros y los honderos que éstos transportaban), transportar al jefe del ejército (ya que desde el elefante puede observar mejor el campo de batalla para impartir órdenes y puede ser visto por sus soldados como referencia durante la lucha, aunque ello también suponía que los enemigos supieran dónde se encontraba y pudieran centrar sus ataques) y la destrucción de las fortificaciones enemigas (si estaban entrenados podían derribar pequeños muros o puertas, utilizándolos como arietes, torres, etc., aunque con el tiempo dichas estructuras fueron erizadas de puntas para evitarlo, sobre todo en la India, y para contrarrestarlo se les dotó de armadura de metal, sobre todo en la cabeza).

Pero, aparte de ello, también se utilizaron en Asia³³ para la transmisión de mensajes durante las batallas, mediante un sistema de banderas que ondeaban sus conductores para dar órdenes que eran fácilmente vistas por sus receptores, debido a la altura de éstos, o colocándoles tambores para el mismo fin.

También se utilizaban para despejar los caminos, por donde debía pasar el ejército, de obstáculos que impidieran la marcha, o para retirar objetos como árboles, rocas, etc., de los lugares donde se iban a instalar los campamentos. Incluso para apagar incendios, utilizando sus trompas como mangueras, para transportar armas o pertrechos, cruzar ríos, o frenar su corriente atándolos con cuerdas y formándolos en línea, para permitir el cruce de las tropas. Pero, como elementos en contra, entre los elefantes podía fácilmente cundir el pánico durante una batalla, por las heridas, el ruido ensordecedor, la pérdida de su conductor, etc. y su descontrol podían resultar fatales para el propio³⁴ ejército que los utilizaba, causándole serias bajas.

29 *Ibidem* III.46.

30 Lucrecio (III.537) se refiere a ellas como "mano en forma de serpiente".

31 *Strategemata*, 1.7.2.

32 Este autor indica que, el hecho de que todo el ejército hubiera cruzado ya cuando Aníbal se enteró de que los romanos se hallaban en la desembocadura del río, hace que apueste por esta versión, ya que indica que es perfectamente posible y que Aníbal no podía permitirse perder el tiempo de construir las balsas para hacer pasar a tan elevado número de elefantes por ellas, ya que los romanos se le hubieran echado encima; además de que, la experiencia en el manejo de elefantes de los cartagineses se le antoja tan sólida que no es posible que no supieran que, una vez en las balsas, los elefantes sucumbirían al pánico al verse rodeados de agua, y por ello debían haber solucionado ese problema antes de embarcarlos. cruzado ya cuando Aníbal se enteró de la negativa de los animales a

33 Para saber más sobre los elefantes y el marfil en la Antigua China véase: Bishop (1921, pp. 290-306).

34 Sobre la perfidia que los romanos atribuían al carácter de los elefantes (según sus propias experiencias cuando debieron enfrentarse a ellos o cuando intentaron utilizarlos en campo de batalla) véase Shelton (2006: pp. 16-18). También en el artículo de Gowers (1947: pp. 42-49).

Formaciones

En cuanto al despliegue de los elefantes en el campo de batalla, las unidades de elefantes solían tener una estructura regular en los ejércitos, podían componerse de 64 elefantes (colocados en línea, en pequeños grupos o en un solo cuerpo en cuadrado), o unidades más pequeñas en función de su número, siendo de 32, 16, 8, 4, 2 e incluso solo 1. Cada una estaba comandada por un elefantarca (o *magister elefantorum*), algunos de cuyos nombres conocemos, al igual que el de los elefantes, ya que a todos se les ponía nombre (como Surus).

Éstos eran normalmente colocados en primera fila, frente a las líneas de infantería (aunque a cierta distancia para no entorpecer su maniobrabilidad y darle tiempo para que abriera pasillos si aquellos debían retirarse del frente) para enfrentarse al grueso de las formaciones enemigas por el centro. También en los flancos, protegidos por la caballería de su ejército, para causar bajas o espantar a los caballos enemigos. En algunas ocasiones se les colocó tras el grueso del ejército, en la reserva, para ser usados en algún momento crucial de la batalla (como hizo Pirro en Heraclia y Asculum³⁵) o porque su número era demasiado elevado para formar una línea en el frente que no estorbara a sus propias tropas. También se utilizaban, aunque raramente, entre las filas de la infantería (como sucedió en Magnesia). Independientemente de su ubicación, eran colocados con una separación de entre 15-30 m, rellenándose los huecos con arqueros o lanzadores de jabalinas (GLOVER, 1950: pp. 1-11.)³⁶, cuya misión era doble: infligir bajas entre las filas enemigas, y proteger las patas y el vientre de los elefantes (sus puntos débiles, y en los que se concentraban los ataques enemigos). Normalmente, la caballería y la infantería pesada se colocaban tras ellos, pero, si se utilizaban también carros de guerra, se colocaban delante de ellos o a su lado (a veces se les daba de beber a los elefantes vino antes de las batallas para aumentar su ferocidad y violencia).

35 Plutarco, *Pirro*, XVII.

36 En su artículo Glover relaciona este tipo de formación con una especie de “*horror vacui*” por parte de los generales que la utilizaron, pero, una vez comenzada la batalla, se haría muy difícil para los elefantes distinguir a los aliados de los enemigos. Aunque admite que la visión, por parte del enemigo, de tan sólida composición, bien pudo hacerse con la finalidad de inspirar aun mayor temor entre sus filas.

Los elefantes se convertían, así, en un arma muy útil contra infantería ligera enemiga o contra su caballería, si los caballos no estaban acostumbrados a ellos³⁷. Aunque la infantería pesada, como los hoplitas griegos o los legionarios romanos, podían ser capaces de resistir sus ataques con garantías de éxito. Igualmente, en numerosas ocasiones se dio el caso de que ambos ejércitos contaran con elefantes de guerra entre sus filas, un claro ejemplo lo encontramos en Rafia, donde se enfrentaron Ptolomeo IV y Antíoco III (217 a.C.). En ésta, Polibio³⁸ nos cuenta lo asombroso y estremecedor que representaba ver a casi 200 elefantes de guerra enfrentarse entre sí en el campo de batalla, aunque indica que los elefantes de Ptolomeo IV (africanos y por ello de menor tamaño) cedieron y se asustaron ante la corpulencia de los elefantes indios de Antíoco III.

Contramedidas: armas y tácticas

La necesidad de contrarrestar sus ataques con garantías hizo que muchos ejércitos idearan distintos tipos de ellas, pero los romanos parece que fueron quienes más éxito tuvieron. Para ello utilizaron: la infantería ligera (compuesta por arqueros, honderos y lanzadores de jabalinas que con sus proyectiles eran eficaces para hacer retroceder a los elefantes, como en la batalla de Tapso, aunque no siempre tenían éxito), la infantería pesada (armada con espadas cortas, debían pasar entre sus patas para atacarlas o intentar cortar los tendones, a fin de inmovilizarlos, ya que sus pa-

37 Polieno (IV.21) nos indica que en la batalla de Pidna (168 a.C.) Perseo había equipado a sus hombres con armaduras de pinchos y trató de entrenar, previamente, a sus caballos para que no se asustaran ante los elefantes que utilizó el ejército romano, aunque finalmente perdió la batalla. Para saber sobre la contienda de Pidna véase: Hammond (1984: pp. 31-47).

38 V.84.3-5. Para profundizar sobre este pasaje en concreto, véase el artículo de Taboada (1995: pp. 113-118), en el cual trata sobre la discusión provocada por la afirmación de Polibio, ya que, para ser cierta, los elefantes de Ptolomeo deberían haber sido elefantes del bosque, ya que los elefantes de la sabana son de mayor tamaño que los elefantes indios. Pero se sabe que la dinastía ptolemaica se hacía traer los elefantes de la zona meridional africana, por lo que duda de la afirmación de Polibio. Con respecto a si se trataría de que aún no estaban desarrollados, Taboada indica que no es probable, ya que dicha dinastía llevaba ya cerca de 30 años capturándolos y ello era tiempo suficiente para su formación y adiestramiento. En este mismo sentido Gowers (1948: pp. 173-180) defiende la afirmación de Polibio, alegando que los elefantes de Ptolomeo eran elefantes del bosque.

tas son muy sensibles), la preparación de trampas en el suelo (ocultando agujeros erizados de estacas, cadenas o bolas con púas de hierro, etc. que causarían grandes dolores en las patas a los elefantes) o la utilización de antorchas, flechas incendiarias, etc., (para asustarlos y hacerlos huir). Dado que constan registros de que un elefante podía soportar el impacto de incluso 100 flechas normales, en la India se crearon flechas especiales, completamente de hierro, llamadas *naraca*, que no se rompían. Incluso podían llevar una carga incendiaria, ya que, al no ser combustibles, podía arder mucho tiempo, causando mayor daño a los elefantes y aumentando las probabilidades de que le entrara el pánico y huyera.

Sabemos, por la Columna Trajana, que a principios del s. II d.C. los romanos también emplearon artefactos como el carrobalista, o ballista montada sobre un carro tirado por caballos o mulas, para facilitar su transporte durante la batalla. Normalmente se colocaban tras las líneas de infantería, para protegerlas y poder, desde allí, lanzar sus flechas de mayor calibre contra los elefantes.

También se crearon unidades especiales de combate contra elefantes de guerra, el rey Macedonio Perseo (179-168 a.C.) fue quien creó la primera llamada *elephantomachai*. Sus integrantes recibieron un entrenamiento especial y estaban bien equipados, con cascos puntiagudos y escudos claveteados que debían protegerles de las trompas de los elefantes (ya que éstas eran también muy sensibles) y podían lanzarse bajo sus pies para lesionarlos cuando los pisaran. Asimismo, el propio Perseo, para luchar contra los elefantes de guerra que le opuso Roma, intentó entrenar a sus caballos para que no se asustaran ante los elefantes, y al no contar con elefantes reales para ello, según un fragmento de Polieno (SCULLARD, 1974: p. 184)³⁹, utilizó maniqués de elefantes cubiertos con un ungüento que simulaba su olor y con un hombre dentro, que debía generar un ruido atronador mediante trompetas.

También existían tácticas militares pensadas para minimizar sus efectos. Así, los comandantes podían abrir huecos en las filas de la infantería pesada para que los elefantes pasaran, atraídos por la infantería ligera, y fueran derribados

39 Ello es mencionado por Scullard, que lo tacha de ridículo.

por los arqueros o lanzadores de jabalinas apostados a los lados (táctica que fue utilizada con éxito por Escipión en Zama). También, como ya hemos visto, se optó por generar gran ruido para asustarlos (sobre todo si no estaban bien entrenados) mediante el uso de trompetas, cuernos o el entrechocar de las armas y gritos de guerra⁴⁰ (lo cual también utilizó Escipión en Zama). Se ha atestiguado que en la batalla entre Pirro y los espartanos⁴¹ del 272 a.C. los segundos optaron por excavar zanjas de más de 300 metros de largo, 3 metros de ancho y 2 metros de profundidad, dándoles buenos resultados. Por su parte, el Cónsul Cecilio Metelo hizo lo propio en Panormo poco después, utilizándolas como trampa para los elefantes y como zona de protección para sus tropas, desde las cuales lanzar sus armas arrojadas con cierta protección. Cuando Ptolomeo y Seleuco se enfrentaron a Demetrio Poliorcetes en Gaza⁴² (312 a.C.), éstos elaboraron un sistema, mediante una empalizada erizada de estacas de hierro unidas entre sí con cadenas, de forma que con ellas pudieran detener a los elefantes, mientras las tropas ligeras los abatían con flechas y lanzas, obteniendo bastante éxito⁴³. También se utilizaba, con acierto, la artillería, como el escorpión o la ballista.

Curiosamente, parece que los elefantes tampoco podían soportar los ruidos de los cerdos⁴⁴, y ello fue utilizado varias veces por los romanos contra los elefantes de Pirro. De forma que los cubrían de brea y les prendían fuego para que generaran el mayor ruido posible (fig. 1) (aunque se desconoce en qué batalla exacta lo utilizaron). En cualquier caso, se duda de la efectividad real de esta estrategia, ya que de ser cierta se habría extendido hasta el punto de que habrían dejado de usarse elefantes para la guerra. Aunque, bien es cierto que, aun siendo real, es posible que los adiestradores de elefantes optaran por hacerlos

40 Tito Livio (XVII.49-51) cuenta que en la batalla de Metauro, y en previsión de que sus propios elefantes pudieran volverse contra ellos, causando grave perjuicio, ordenó a sus mahouts que portaran un martillo y un cincel para que, en ese caso, los utilizaran para matarlos antes de que ello sucediera. Por esta razón murieron más elefantes a manos de sus conductores que del enemigo.

41 Plutarco (*Pirro*, 27.3).

42 Diodoro (XIX.83-4).

43 Para saber más sobre tácticas y armas utilizadas contra los elefantes, véase: Glover (1950: pp. 1-9).

44 Plinio (*Naturalis Historia*, VIII.27.) y Claudio Eliano (I.38).



Fig 1. Cerdo cubierto de brea y prendido, lanzado contra los elefantes/ Ilustración: Luis Rodrigo Duque

convivir con cerdos durante su adiestramiento, para que se habituaran a ellos. Hoy día sabemos que, en la naturaleza, los elefantes son bastante tolerantes con animales de menor tamaño, pero en cautividad pueden experimentar temor ante ellos.

Aparte de las anteriores, existían diversas artimañas utilizadas contra los elefantes. Así, Dionisio de Halicarnaso⁴⁵ nos cuenta que los romanos usaron un arma antielefantes insólita en la Batalla de Asculum, consistente en carros con vigas verticales erizadas de filos de metal cortante, que podía quemar (ya que se les prendía fuego), cortar y pinchar a los elefantes de guerra que se aproximaran a ella. A lo que habría que sumar los efectos de los arqueros y honderos que éstas transportaban. Pero fueron utilizadas sin éxito, ya que los elefantes contaban con una mayor maniobrabilidad y les ayudaron, tanto las tropas que transportaban como la infantería ligera que los acompañaba, acabando con ellas.

45 *Antigüedades romanas*, 20.1.6-7. Aunque también es mencionada muchos siglos después (XII d.C.) por el historiador y jurista bizantino Yoánnes Zonarás, en su obra *Epítomé historion*.

La arqueología de los elefantes de guerra

Los elefantes de guerra suponen un reto arqueológico, debido a que no existe constancia documentada de ningún yacimiento en el que se hayan encontrado sus restos. La explicación quizá estribaría en que la mayoría de los yacimientos suelen centrarse en asentamientos, y no en los campos de batalla, donde sería más probable localizarlos. Además, si bien su utilización fue relativamente habitual, no eran de uso común. Por tanto, la mayoría de objetos con los que contamos, y relacionados con ellos, pertenecen a elementos ajenos a la propia actividad bélica (como monedas, platos, etc.), y se han localizado en lugares de habitación como conmemoración o alusión a su utilización, pero nunca junto a los restos de ninguno. A ello habría que unir dos cuestiones importantes: por un lado, el hecho de que los principales estudios sobre los elefantes de guerra son de gran antigüedad⁴⁶ y apenas han sido actualizados, y por otro que muchos de los objetos que muestran sus representaciones, fuer-

46 La obra básica es de mediados del XIX, de Pietro Damiano Armandi (1843), y la siguiente relevante tiene casi cuarenta años (SCULLARD, 1974).



Fig. 2 Alejandro Magno atacando a un oponente



Fig 3 Efigie de Alejandro Magno, coronada con una cabeza de elefante

on localizados hace tanto que incluso desconocemos su procedencia o si se documentaron los yacimientos.

La única aparente evidencia del descubrimiento de los restos de un elefante de guerra surgió en el poblado de Maillane (Francia, 7 km al sur del lugar en el que el río Durance desemboca hoy en el Ródano), donde en 1777 Barthélémy Daillan descubrió un medallón de cobre junto al esqueleto de un elefante enterrado (DE BEER, 1956: pp. 137-138). En 1824 el Conde de Villeneuve propuso que serían los de uno de los elefantes de Aníbal. Pero, tanto los restos como el medallón han desaparecido, y no contamos con descripciones detalladas de ambos, por lo que no podemos saber a qué época pertenecían ni si se trataba de uno de los elefantes de Aníbal, ya que un siglo después, cuando los romanos se anexionaron la Narbonensis (121 a.C.) utilizaron allí elefantes africanos. El estudio del medallón habría sido la clave, al poder indicar ello que fue enterrado intencionadamente y no se trataría de los restos de un mamut o de un elefante de época muy anterior, aunque no se puede descartar esta posibilidad, al no saber si ambos elementos se encontraron en el mismo estrato.

De cualquier modo, tanto su mera presencia como la enorme importancia militar que supusieron, hicieron que los elefantes se convirtieran en un símbolo de poder y fuerza al que no permanecieron ajenos numerosos reyes, emperadores, cón-

sules o simples generales. Contamos con variadas y numerosas representaciones llevadas a cabo por un elevado número de civilizaciones de las cuales se sabe que, de una forma u otra, llegaron a conocer a estos animales.

En este sentido, Alejandro III de Macedonia, para conmemorar sus victorias acuñó monedas⁴⁷ donde se representaba a lomos de un caballo y con su lanza, atacando a un oponente montado en un elefante (fig. 2)⁴⁸. Después de su muerte, en Egipto también se representó su efigie coronada con una cabeza de elefante (fig. 3)⁴⁹ o conduciendo un carro tirado por cuatro elefantes. Lo mismo hicieron los descendientes de C. Metelo, que acuñaron en Roma monedas con representacio-

47 Véase también: SHELTON, Jo-Ann; *op. cit.*, pp. 3-25.

48 Las piezas de mayor tamaño serían decadracmas acuñados en Babilonia, y representan, por un lado la escena indicada, y por el otro a un soldado con un rayo en una mano y en la otra una figura de la diosa Niké. Las piezas más pequeñas, tetradracmas, suelen retratar en el anverso un elefante con o sin jinete, y en el reverso un arquero indio, a pie o sobre un carro. Se cree que los decadracmas representarían a Alejandro y Poros, en la batalla del río Hidaspes. Sobre ello, Frank (2003) indica que se trataría de medallas conmemorativas fabricadas poco después de la batalla, destacando la victoria contra semejante enemigo y también la condición divina de Alejandro.

49 Tanto los monarcas ptolemaicos como algunos seleúcidas e incluso bactrianos, también se representaron en monedas con el mismo atuendo en recuerdo de Alejandro y como símbolo de su poder, que de este modo quedaba asociado a ellos.



Fig. 4 Moneda púnica con un elefante representado



Fig. 4 Plato pintado de Capena



Fig. 6 Tumba del visir Rekhmire. Elefante formando parte de la comitiva/ Ilustración: Luis Rodrigo Duque

nes de elefantes para conmemorar la victoria sobre los cartagineses.

Así, las monedas o medallas conmemorativas constituyen una de las principales fuentes arqueológicas con las que contamos para apreciar la importancia que los elefantes suponían para el desarrollo bélico de la Antigüedad. Por ello, los Bárquidas mantuvieron esta costumbre y realizaron acuñaciones en cecas del sur de la Península Ibérica (Cádiz y Cartagena), entre el 230-220 a.C., donde se aprecia en casi todas ellas una figura masculina en el anverso (sobre la cual se discute si representaría a una deidad del panteón púnico como Melkart o a los propios Bárquidas [fig. 4]⁵⁰), mientras que en el reverso se suceden distin-

tos símbolos, como palmeras, caballos, elefantes (solos o con sus mahouts) o proas de barco.

En lo que respecta a los romanos, contamos con un plato pintado (fig. 5)⁵¹, procedente de Capena (en Campania), de estilo etrusco y fechado en el s. III a.C. donde se aprecia un elefante indio con un mahout sobre su cabeza y una torre con dos arqueros (curiosamente, a la derecha aparece una cría de elefante siguiendo a aquél). La representación podría estar refiriéndose a las tropas de Pirro, en base a la fecha de la pieza y al tipo de elefante, por lo que los soldados podrían ser epírotas⁵². También se ha descubierto la representa-

51 Sobre esta pieza, véase: Lancel (1997).

52 En la interpretación discrepo de lo que afirma De Beer (1969: p. 103), pues cree que se trata de soldados macedonios, a pesar de que Filipo V de Macedonia (que reinó durante el periodo en que se realizó la pieza) no empleó elefantes de guerra contra los romanos (sino éstos contra él en Cinoscéfalos).

50 Para Barceló (2000: p. 3) ambas cosas son posibles, ya que podría tratarse de algún dios, o de la efigie de los Bárquidas que buscarían asociar su figura a los dioses.

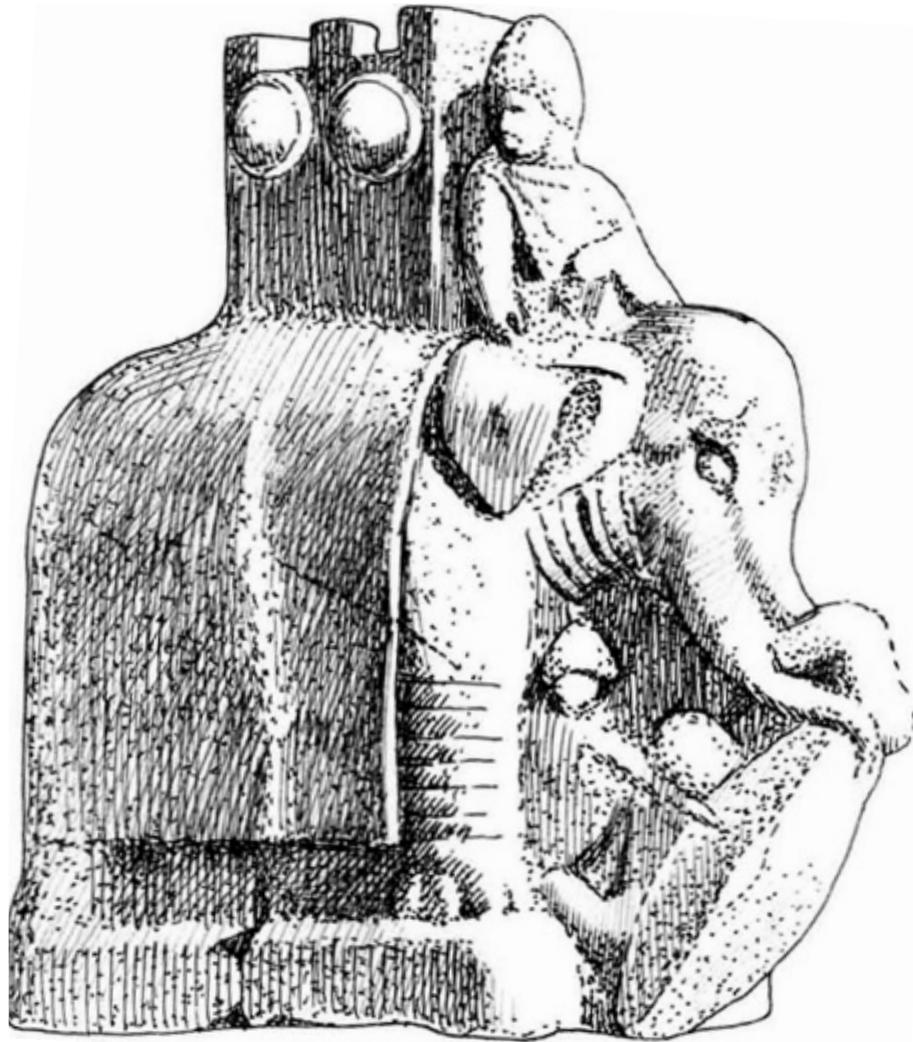


Fig. 6 Figura de terracota de Mirina/ Ilustración: Luis Rodrigo Duque

ción de un elefante indo-asiático solo, en una placa romana de bronce fundido, donde éste aparece en el reverso (en el anverso un cerdo). Posiblemente se realizó para conmemorar la victoria sobre Pirro en Beneventum (274 a.C.), en base a dichos motivos.

En cuanto a Egipto, la representación de la tumba del visir Rekhmire (fig. 6) muestra un elefante indio como parte de una comitiva. También contamos con un recipiente, de piedra caliza y de color rosado, con forma de elefante, que se ha fechado en época Predinástica o de la I Dinastía, poco antes de que los elefantes se extinguieran en Egipto.

En Mohenjo-Daro se ha localizado un sello de esteatita de principios del II Milenio a.C. en el que, bajo signos cuneiformes, aparece la figura de un elefante que parece indo-asiático. En Mirina (fig. 7) (Asia Menor) se ha localizado una estatuilla de terracota que representa un elefante in-

do-asiático, con su mahout y una torre sobre su lomo, mientras embiste a un soldado con sus colmillos.

El elefante lleva algún tipo de protección en el cuello y las patas (ya que eran más vulnerables) como si estuvieran envueltos por bandas de cuero o metal. Se ha fechado a mediados del s. III a.C. y es posible que representara la victoria de Antíoco I Sóter contra los gálatas.

Conclusión

Así, la utilización de elefantes de guerra tuvo tantas ventajas como inconvenientes, ya que contra enemigos que nunca se habían enfrentado a ellos, fueron muchas veces determinantes para el éxito de numerosas campañas, pero contra tropas experimentadas, que ya antes hubieran luchado contra ellos, su efectividad se reducía considerablemente. En el sureste asiático y en la India éstos eran tan numerosos que su entrenamiento

era algo común⁵³, y su utilización persistiría durante muchos siglos. Pero cuando estos desaparecieron de Próximo Oriente y del norte de África, los ejércitos mediterráneos de la antigüedad dejaron de utilizarlos, debido a lo costoso que resultaba traerlos desde la India y mantenerlos. Además, durante el transcurso de la batalla, podían comportarse de forma imprevisible y peligrosa para su propio ejército, por lo que su utilización comportaba un riesgo que debía asumirse.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMANDI, P. D.; *Histoire militaire des elephants, depuis les temps les plus recules jusqu'a l'introduction des armes a' feu; avec des observations critiques sur quelques-uns de plus celebres faits d'armes de l' antiquite*, Amyot, Paris, 1843.
- BAGNALL, N.; *The Punic Wars. 264-162 B.C.*, Osprey, Oxford, 2002.
- BARCELÓ, P.; *Aníbal de Cartago. Un proyecto alternativo a la formación del Imperio Romano*, Alianza, Madrid, 2000.
- BLÁZQUEZ, J. M.; *Fenicios, griegos y cartagineses en occidente*, Cátedra, 1992.
- BROWN, B. R.; "Royal portraits and sculpture and coins: Pyrrhos and the successors of Alexander The Great", *Hermeneutics of Art* 5, 1997, p. 121, pls. 48, figs. 45.
- CASSON, L.; "Ptolemy II and the Hunting of African Elephants", *Transactions of the American Philological Association*, Vol. 123, 1993, pp. 247-260.
- CONNOLLY, P.; *Aníbal, y los Enemigos de Roma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- COTTRELL, L.; *Hannibal: enemy of Rome*, Da Capo Press, New York, 1992.
- DAMAN SING, S.; *Ancient Indian Warfare with Special Reference to the Vedic Period*, E. J. Brill, Leiden, 1965.
- DÁRMS, J. H.; "Book review of H. Scullard. *The Elephant in the Greek and Roman World*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1974", *The American Journal of Philology*, Vol. 97, nº 1, 1976, pp. 93-95.
- DE BEER, G.; *Aníbal: la lucha por el poder en el mediterráneo*, Bruguera, Barcelona, 1969.
- ; *Elefantes en los Alpes: la marcha de Aníbal*, Jano cop., Barcelona, 1956.
- GLASMAN, G.; *Aníbal. Enemigo de Roma*, Nowtilus, 2007.
- GLOVER, R. F.; "Some Curiosities of Ancient Warfare", *Greece & Rome*", Vol. 19, nº 55, 1950, pp. 1-9.
- GOWERS, W.; "African Elephants and Ancient Authors", *African Affairs*, Vol. 47, nº 188, 1948, pp. 173-180.
- HAMMOND, N. G. H.; "The Battle of Pydna", *The Journal of Hellenic Studies*, Vol. 104, 1984, pp. 31-47.
- HOLT, F. L.; *Alexander the Great and the Mystery of the Elephant Medallions*, Berkeley, University of California Press, 2003.
- JENNISON, G.; *Animals for show and pleasure in ancient Rome*, University Press, Manchester, 1937.
- KISTLER, J. M.; *War elephants*, University of Nebraska Press, Nebraska, 2007.
- LANCEL, S.; *Aníbal*, Grijalbo Mondadori, D.L., Barcelona, 1997.
- LAZEMBY, J. F.; *Hannibal's War: A Military History of the Second Punic War*, Aris and Phillips, Warminster, 1978.
- NOSSOV, K.; *War Elephants*, Osprey, Oxford, 2008.
- O'BRYHIM, S.; "Hannibal's Elephants and the Crossing of the Rhone", *The Classical Quarterly*, New Series, Vol. 41, nº 1, 1991, pp. 121-125.
- PLASS, P.; "The Game of Death in Ancient Rome: Arena Sport and Political Suicide", *The Journal of Roman Studies*, Vol. 90, 2000, pp. 235-236.
- ROMM, J. S.; "Aristotle's Elephant and the Myth of Alexander's Scientific Patronage", *American Journal of Philology*, Vol. 110, nº 4, 1989, pp. 566-575.
- RUIZ BRAVO, C.; "II Guerra Púnica entre Cartago y Roma. ¿Desembarcaron los elefantes del ejército de Aníbal en los Lances de Tarifa en 218 a.C.?", *Aljaranda. Historia Antigua*, nº 66, 2007, pp. 2-8.
- SCULLARD, H. H.; *The elephant in the Greek and Roman world*, Thames and Hudson, London, 1974.
- SHELTON, J. A.; "Dancing and Dying: The Display of Elephants in Ancient Roman Arenas", *ISAZ Newsletter* 21. Article, 2000, pp. 2-6.
- ; "Elephants as Enemies in Ancient Rome", *Concentric: Literary and Cultural Studies*, nº 32.1., 2006, pp. 3-25.

53 Incluso ya desde el final del Periodo Védico, según afirma Sarva Daman (1965).

TABOADA HERNÁN, G. H.; “Polibio (5.84.5 s.)
y los elefantes de Rafia”, *Habis*, n°, pp. 113-118.
WERNER, H.; *Los Cartagineses*, Gredos, Madrid,
1993.



Licencia de Creative Commons
Este obra está bajo una [licencia de
Creative Commons Reconocimiento-
CompartirIgual 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/es/).

Número ISSN: 2253-6434



ARQUEO_UCA